

# EL CRISTO DE SIEMPRE Y PARA SIEMPRE

## Consideraciones cristológicas

Jean Galot, S.J.\*

### 1. LA AFIRMACION DE LA CARTA A LOS HEBREOS

#### El Cristo inmutable en la fe y la predicación

Para evitar que los cristianos “se dejen extraviar por doctrinas diversas y extranjeras”<sup>1</sup>, el autor de la Carta a los Hebreos afirma la realidad inmutable de Cristo: “Jesucristo permanece el mismo hoy como ayer y por la eternidad”.

A los que habían recibido la primera evangelización y podían ser tentados por otras doctrinas, les recuerda que Cristo sigue siendo el mismo que los primeros predicadores habían anunciado. “Acuérdense de sus pastores que les enseñaron la Palabra de Dios; miren cómo terminaron su vida e imiten su fe”. Hoy esos jefes han desaparecido; parece que se está aludiendo al martirio de ellos, testimonio supremo de su fe. Se trata de imitar esa fe, pues Cristo no desaparece. Lo que era ayer, en la primera predicación, sigue siéndolo hoy todavía, y lo será sin fin.

La intención del autor de la carta es mostrar pues que la predicación recibida por los cristianos conserva su vigencia: esa predicación tenía como objeto esencial a Cristo, y Cristo no cambia.

Les habían predicado a Jesús como única fuente de salvación. Así permanecerá siempre, de manera que los que han puesto su fe en El no deben temer. No pueden recurrir a otras doctrinas, que les harían perder la garantía que han recibido. Al contrario, deben conservar su fe en Cristo.

---

\* Profesor de cristología en la Pontificia Universidad Gregoriana de Roma. Belga.

1. C. Spicq observa que la declaración de 13,8 “que no se relaciona con los versículos anteriores por ninguna partícula de conexión, orienta mas bien el desarrollo que sigue” (*Épître aux Hébreux*, París 1953, II, 421).

Si el autor de la carta les dirige esa recomendación, es porque teme la influencia que podían ejercer sobre ellos toda clase de ideas no conformes con la revelación transmitida por los apóstoles. Les exhorta a rechazar todo lo que podría modificar el rostro de Cristo Salvador que se les había enseñado.

Pablo ya estaba protestando contra cualquier modificación por el estilo. Dirigía a los corintios este reproche: "Cualquiera puede llegar predicando a otro Jesús, no como se lo predicamos... y lo aceptan". El Cristo de la primera predicación apostólica es el único auténtico.

La Carta a los Hebreos subraya esa autenticidad inmutable de Cristo. Los cristianos de las primeras generaciones necesitaban que se les dijera. Se puede observar que esa necesidad existe todavía hoy en la Iglesia. En nuestra época, no se ha propuesto como objeto de la predicación y de la evangelización a "otro Jesús?"<sup>2</sup>. Al Cristo del Evangelio tal como es proclamado por la Iglesia, alguno ha querido substituirlo con reinterpretaciones que modifican profundamente su rostro y a menudo lo despojan de su personalidad divina de Hijo<sup>3</sup>. Frente a los intentos por infundir en la fe cristiana y en la catequesis un Jesús diferente del que la Iglesia anunció desde los orígenes, las palabras "Jesucristo es el mismo" conservan toda su vigencia.

### La permanencia ontológica de Cristo

La permanencia de Cristo como objeto de la predicación no se debe simplemente a una característica de la doctrina enseñada, garantizada por la autoridad de la revelación divina. Conforme a esa revelación, está fundada en la permanencia ontológica de la persona de Jesús.

Cristo ayer, hoy y para siempre es más que una ley del pensamiento cristiano. El sólo se puede entender en su ser personal, como realidad que no puede cambiar y está llamada a durar para siempre. Es inmutable en la doctrina de la fe porque es inmutable en sí mismo.

Al afirmar que Jesucristo es el mismo, el autor de la carta quiere afirmar esa permanencia ontológica. Sólo gracias a la permanencia de Cristo en el ser, le fe adquiere un fundamento inquebrantable. La confianza de los cristianos sólo puede tener un carácter absoluto si se asegura en el ser inmutable del único Salvador.

La permanencia ontológica así como aparece en esa afirmación, implica

- 
2. Cfr. J.R. GUERRERO, "El otro Jesús", en *Para un anuncio de Jesús de Nazaret hoy*, Salamanca 1976.
  3. Cfr. Nuestra obra *Le Christ, foi et contestation*, Chambray 1981, 9-88.

dos aspectos indisolublemente unidos. El primero: esa permanencia es propiedad de un ser personal que se posee plenamente hasta el punto de gozar de la inmutabilidad y de conservar sin cesar toda su riqueza íntima. El segundo, esa permanencia es presencia, puesto que se dice que Cristo sigue siendo “el mismo” en la relación fundamental que lo une a los cristianos. A ellos les importa la presencia indestructible, imborrable, de quien les procura la salvación y transforma su existencia. A esa presencia adhieren su fe y su esperanza.

Permanencia ontológica significa realidad metafísica inmutable pero no permanencia solitaria, encerrada en sí misma. Es una permanencia abierta, donde se manifiesta una presencia; a la par con la inmutabilidad del ser, la inmutabilidad del amor.

### La identidad de Cristo a través del tiempo

La permanencia de Cristo plantea un problema en su relación con el tiempo. El autor de la Carta a los Hebreos quiere esencialmente afirmar que en un tiempo que va pasando y cambiando, Jesucristo sigue idéntico a sí mismo.

¿Cómo debemos concebir esa identidad a través del tiempo?

Se puede recordar el intento de clarificación que de este problema ha hecho O. Cullmann. En su obra *Cristo y el tiempo*, quería mostrar que Cristo ocupa un lugar central en el tiempo, quedándose dentro del tiempo. Recurría a los textos bíblicos para sostener una concepción de la eternidad que no era otra cosa que la de un “tiempo indefinido”, de una “continuación ilimitada de eras limitadas”<sup>4</sup>. Oponía esa concepción bíblica a la noción platónica de eternidad, y quería descartar cualquier concepto de una eternidad caracterizada por una diferencia cualitativa con el tiempo. La única diferencia consiste en la ausencia de límites; el tiempo sin límites no es distinto de nuestro tiempo propio<sup>5</sup>.

Si se aplicara esta interpretación a la afirmación de la Carta a los Hebreos, se debería admitir simplemente que las palabras “Jesús el mismo por los siglos” significan un tiempo sin límites, sin que se deba pensar en una eternidad superior al tiempo.

Ahí reside precisamente el problema ¿Jesús se situó exclusivamente al interior del tiempo o se atribuyó una verdadera eternidad que no sea simplemente un tiempo indefinidamente prolongado?

---

4. O. CULLMANN, *Christ et le Temps*, Neufchâtel-Paris 1957, 32.

5. Idem., 33.

Es en la revelación que él nos hace de su persona que debemos encontrar la respuesta; la afirmación de la carta a los Hebreos nos invita a volver a los textos evangélicos que dan testimonio de esa revelación. Como no se puede tener en cuenta todos esos textos, miraremos algunos particularmente significativos.

## 2. EL VALOR ETERNO DE LAS PALABRAS DE JESUS

Al problema de la naturaleza definitiva, inmutable, de la revelación contenida en los evangelios, Jesús mismo da una respuesta cuando afirma con vigor el valor propio de sus palabras “El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán” (Mc 13,31; Mt 24,35; Lc 21,33).

La declaración tiene un alcance general, no limitado por el contexto del discurso escatológico<sup>6</sup>. Jesús no dice “esas palabras” al referirse al discurso precedente (cfr. Mt 7,24) sino de una manera más indeterminada “mis palabras”. La declaración pudo pertenecer a otro contexto y estar inserta aquí por su analogía con la afirmación: “esta generación no pasará sin que todo esto suceda”.

La analogía no impide una diferencia profunda. La declaración sobre la generación que no pasará antes que sea consumada la gran prueba, con la venida del Hijo del Hombre, se ubica en el marco del tiempo. Anuncia para un futuro próximo en términos misteriosos La Pasión, el duelo del universo, la venida victoriosa del Salvador que a partir de Pentecostés reunirá sus elegidos en el desarrollo de la Iglesia. Esos acontecimientos están anunciados al interior del discurrir del tiempo.

Al contrario, la declaración sobre las palabras que no pasarán tiende a proclamar una inmutabilidad absoluta, superior al tiempo, puesto que no es cuestionada por la caducidad del cielo y de la tierra que sí pasarán. Es como si Jesús hubiera dicho: “La humanidad morirá con la desaparición del cielo y de la tierra, pero mis palabras permanecerán”.

Semejante afirmación de eternidad se hallaba en un oráculo del libro de Isaías respecto a la salvación dada por Dios. “Sí, los cielos se disiparán como humo, y la tierra se desgastará como un vestido... pero mi salvación durará eternamente y mi justicia no tendrá fin” (Is 51,6). La salvación tiene duración eterna porque viene de Dios.

La afirmación evangélica se refiere especialmente a las palabras. Implica

---

6. Es lo que observa Lagrange (*Evangelie selon Saini Marc*, París 1929, 348) invocando una imagen parecida en un contexto diferente, en Lc 16,17.

que las palabras de Jesús tienen valor eterno porque vienen de Dios; no pasarán porque Dios, a diferencia del mundo, no pasará.

Es importante subrayar que las palabras de Jesús son palabras de Dios a título único, excepcional. Las palabras del profeta podían llamarse palabras de Dios, pero aquí hay otra cosa. La Carta a los Hebreos pone en evidencia esa diferencia desde las primeras palabras del prólogo: "En diversas ocasiones y bajo diferentes formas, Dios habló a nuestros padres por medio de profetas, hasta que en estos días, que son los últimos, nos habló a nosotros por medio de su Hijo" (1,1-2).

Existe una distancia considerable entre las múltiples palabras pronunciadas a nombre de Dios por los profetas y la única palabra que viene del Hijo y que en estos últimos tiempos, cierra definitivamente la Revelación. Ese Hijo es presentado por la carta con un rostro divino de Creador y con las propiedades divinas de la Sabiduría.

Por su manera de enseñar, Jesús mismo da a entender lo nuevo y original de su actividad de predicación. Los auditores "estaban asombrados por su enseñanza, pues enseñaba con autoridad, y no como los maestros de la Ley" (Mc 1,22; Mt 7,29; Lc 4,32). La doctrina de los maestros de la ley descansaba sobre los textos de la ley, a la cual reconocían autoridad divina. Jesús no busca en la ley la autoridad de su enseñanza; él posee en sí mismo esa autoridad, es decir una autoridad divina. En varias ocasiones manifiesta su autoridad personal modificando la ley, particularmente en el sentido de un amor más universal.

Esa autoridad divina confiere a su palabra un valor definitivo, absoluto. En esa palabra, hay una expresión de la eternidad divina.

Si la Iglesia propone a la fe una verdad inmutable, es porque Jesús confió a sus discípulos palabras que no pasarán. La Iglesia no podría ser simplemente semejante a otras sociedades o comunidades donde los pensamientos y opiniones están sujetos a continuos cambios. Posee palabras que no puede cambiar y ella tiene la garantía de que no cambiarán. Recibe de Cristo su vida y su verdad.

No es desde la autoridad humana que la dirige, que la Iglesia tiene la inmutabilidad de su doctrina de fe, sino de la autoridad divina que se reveló en el evangelio. Y precisamente porque es de fuente divina, esa inmutabilidad no significa en absoluto una inmovilidad de pensamiento. Las palabras que no pasarán tienen en sí mismas una riqueza inagotable de sentido, de tal suerte que han de ser objeto de un permanente esfuerzo de reflexión y llevarán a descubrir continuamente nuevos aspectos de su contenido. Son la expresión de un misterio que supera los límites de la formulación que le ha sido dada.

Lejos de paralizar el pensamiento, lo estimulan y ofrecen permanentemente

un campo nuevo de exploración. La novedad no se debe buscar fuera de esas palabras, sino en esas mismas palabras, tales como han sido confiadas a la Iglesia y han recibido ya una explicitación debida a la reflexión de fe. Esa explicitación está llamada a desarrollarse. Tiende a permitir un mejor conocimiento de Jesucristo mismo, así como se ha revelado a través de sus propias palabras.

### 3. PALABRA Y PERSONA ETERNA

El valor eterno de las palabras está ligado al valor eterno de la persona que las pronuncia.

Es lo que Jesús da a entender en un diálogo donde muestra el misterio que envuelve su origen y su destino: “Yo sé de donde vine y a donde voy; pero ustedes no saben ni de donde vengo ni a donde voy” (Jn 8,14). Los que pensaban conocer su origen hablando de Galilea de donde no surge ningún profeta (Jn 7,52) ignoraban su verdadera procedencia, que no era de este mundo. “Ustedes son de abajo; yo soy de arriba. Ustedes son de este mundo, yo no soy de este mundo”. Conocer su origen y su identidad es conocer a su Padre: “Ustedes no me conocen a mí ni tampoco a mi Padre” (Jn 8,19).

La revelación que él hace de sí mismo exige fe: “Si no creen que *yo soy*, morirán con sus pecados” (Jn 8,24). Se puede dudar con la traducción de la fórmula griega *ego eimi*, “yo soy” o “soy yo”. El sentido “Yo soy” hace pensar más directamente en el nombre divino revelado en el Exodo (3,14). El sentido “Soy yo” es preferido por ciertos exégetas<sup>7</sup> por la analogía con las palabras de Isaías (43,10): “Para que sepan y crean en mí y comprendan que soy yo”<sup>8</sup>. El sentido fundamental sigue siendo el mismo, pues en el deutero-Isaías al cual se refiere “soy yo” de Jesús, se trata del “soy yo” de Yahvé. Hay una diferencia de acento sobre el “yo” o el “soy”, pero de todas maneras, es Dios quien afirma a la vez su yo y su ser.

Desconcertados por ese “yo soy” o “soy yo” de Jesús, los auditores le hacen la pregunta: “¿Quién eres tú?”. Desean una explicación para entender la afirmación “Yo soy” en el sentido más literal; la reivindicación del nombre divino les parecía exorbitante. Sin embargo es realmente ese sentido el que está implicado en la frase pronunciada por Jesús, pues “Yo soy” es objeto de la fe (“si no creen...”), y de una fe necesaria a la salvación (“...morirán en su

7. Especialmente A. FEUILLET, “Les ego eimi christologiques du quatrieme evangile”, en *Recherches de Science Religieuse* 54 (1966) 5-33; R. SCHANACKENBURG, *Das Johannesevangelium*, II, Fribourg 1971, 253, 300s.

8. También Dt 32,39: “Vean ahora que yo soy y que ningún otro que yo es Dios”.

pecado”). Jesús se presenta como el que es, y como único salvador, lo que es una propiedad de Dios. Los auditores echan para atrás frente a semejante audacia y piden más claridad, más precisión.

La respuesta es simple: “Desde el principio (yo soy) precisamente lo que les digo” (8,25). Ella confirma el misterio de la declaración anterior. Esta respuesta plantea problemas a los exégetas, que le han dado diversas traducciones e interpretaciones. Las palabras “Desde el principio” (*tén arché*) fueron objeto de discusión. Ciertas traducciones han evitado el término “principio” y buscan un sentido aproximativo en fórmulas como estas: “Absolutamente lo que les digo”, “Primero lo que les digo”, o “es necesario aún que yo les hable”<sup>9</sup>.

Pero el término “principio” puede difícilmente ser privado de su sentido más apropiado, incluso si es utilizado en una locución adverbial, pues, por otra parte, en el lenguaje joánico tiene todo su valor. Basta con recordar frases características: “En el principio existía el Verbo”, “Este fue en Caná de Galilea, el principio de las señales milagrosas que hizo Jesús” (2,11)<sup>10</sup>.

¿Se puede ubicar simplemente la expresión “desde el principio” al comienzo del diálogo o de la enseñanza dada por Jesús? Así lo propone la traducción; “Lo que no dejo de decirles desde el principio”, lo que significa “Jesús aporta con constancia la misma enseñanza respecto a su identidad y a su misión...”<sup>11</sup> Esa interpretación ubicaría al interior de la vida pública el alcance de la afirmación. ¿Pero si será la perspectiva de Jesús ese cuadro temporal?

La traducción que acabamos de citar choca con la dificultad gramatical. “Desde el principio” no es complemento de “lo que les digo”. Es colocado encabezando la respuesta a la pregunta “¿quién eres tu?” y se refiere al ser de Jesús: “Desde el principio (yo soy) precisamente lo que les digo”<sup>12</sup>.

En el marco del misterio que quiere expresar la respuesta, la locución “desde el principio” toma su sentido más fuerte y alude a lo que se había dicho de la Sabiduría: “Desde la eternidad fui formada, desde el principio, antes del

9. Cfr. las traducciones citadas por R. ROBERT, “La malentendu sur le Nom Divin au chapitre VIII du quatrième évangile”, en *Revue Thomiste* 88 (1988) 282.
10. Cfr. también 1,2; 6,64; 8,44; 15,27; 16,4.
11. TOB (Traducción ecuménica de la Biblia) con la nota.
12. Cfr. E. DELEBECQUE, *Autour du verbe eimi*, “Je suis, dans le quatrième évangile, Nota sobre Juan 8,25, *Revue Thomiste* 86 (1986) 83: “las dos palabras *tén archén* tienen que pertenecer a la proposición principal *Yo soy* puesto que están separadas de la relativa por la barrera del pronombre relativo”.

comienzo de la tierra” (Pr 8,23)<sup>13</sup>. Jesús quiere dar a entender que desde la eternidad es lo que dice, y que por lo tanto las palabras “yo soy” tienen todo su valor. Es lo que revelará aún más claramente al fin del diálogo, cuando afirme no solamente una existencia cronológicamente anterior a la de Abraham, sino una existencia trascendente, la del “yo soy” superior al “devenir” del patriarca.

Está, pues, Jesús reivindicando para su ser una preexistencia superior al tiempo. La expresión “desde el principio” implica un origen eterno.

Ese origen está implícitamente confirmado por las palabras: “lo que precisamente les estoy diciendo”. Jesús manifiesta la intención de confirmar lo que dice. Según el diálogo relatado por el evangelista, había dicho: “yo soy de arriba” y había hablado de su relación de Hijo con el Padre. Sobre todo él había declarado “yo soy”, y viendo que sus interlocutores tienen dificultad para entender y acoger esa apropiación del nombre divino, insiste para que se tome en serio esa palabra. Así pues, “yo soy” expresa lo que es desde el principio. A la pregunta “¿Quién eres tu?” no tiene porque responder “yo soy fulano o sutano” sino simplemente “yo soy”. La pregunta misma revela que los auditores no han entendido el valor de las palabras “yo soy”.

Al mismo tiempo, Jesús que se aplica a sí mismo la propiedad de eternidad de la Sabiduría divina, subraya que él es lo que dice: “(yo soy) lo que precisamente les digo”. Hay identidad entre su ser y su palabra<sup>14</sup>.

Se puede preguntar si esa afirmación de Jesús no sería lo que está al comienzo del texto del prólogo: “Al principio era el Verbo”. Pues ese texto parece expresar, por medio del concepto Verbo o Logos, lo que estaba contenido en la respuesta: “Desde el principio (yo soy) lo que precisamente les digo”.

La diferencia es que Jesús se refería a sus palabras humanas, mientras que el concepto de Logos permite afirmar la existencia de una persona divina que es palabra eterna. Pero ese pasaje se justifica por el hecho que las palabras humanas de Jesús se presentan como la expresión de una palabra divina, eterna<sup>15</sup>. La identidad afirmada por Jesús entre persona y palabra conduce a la afirmación de la palabra eterna.

---

13. Cfr. Sir 24,9: “Antes de los siglos, desde el principio, me creó...”

14. Cfr. sobre esa identidad J. GALOT, *Cristo, tu quién eres?*, Madrid 1982, 166-172.

15. Delebecque observa que el verbo *Lalelin*, utilizado en 8,25 tiene habitualmente en San Juan a Jesús por sujeto (de 25 utilizaciones, una excepción en 8,44). La traducción “decir” es demasiado débil. El verbo “designa una comunicación que Jesús es el único que lo puede hacer, la revelación de una cosa divina, una confidencia de lo que debe colocar al creyente en el camino de la salvación” (*Autour*, RT 1986, 87-88).



#### 4. JESUCRISTO, EL MISMO AYER

##### Ayer, origen eterno

Cuando Jesús declara que “desde el principio” él es lo que dice, expresa la verdad que se halla en la afirmación de la Carta a los Hebreos “Jesucristo, el mismo ayer”. Ese ayer no se ubica solamente en el tiempo: se remonta a la eternidad. El “principio” se refiere pues a un origen eterno, como es el caso de la Sabiduría divina.

Se puede observar también que para Jesús “ayer” no es un pasado determinado, sino un presente que se prolonga. Pues es para explicar y comentar la afirmación “yo soy” que contesta: “desde el principio (yo soy) lo que precisamente les estoy diciendo”. Su ser no es llevado en la corriente del tiempo, queda intacto, inmutable “desde el principio”.

Claro que los conceptos utilizados en el lenguaje de Jesús son sacados del contexto temporal de la vida humana. Según ese contexto temporal, “desde el principio” indicaría normalmente un comienzo del tiempo y “yo soy” un presente actual, pero el sentido dado a las afirmaciones supera el tiempo: el principio se ubica antes del tiempo, y “yo soy” domina el tiempo. Por medio de conceptos relativos a la experiencia temporal, se afirma una existencia eterna.

“Ayer” toma pues el sentido de una duración que viene de la eternidad. A la representación temporal de la eternidad está ligada una representación espacial. Jesús es de “arriba”, no es “de este mundo”. Esa representación confirma que no pertenece sencillamente al curso de nuestro tiempo.

Además el origen eterno resulta de la conciencia de venir de donde el Padre. Las relaciones personales que unen a Jesús con su Padre, y que implican que recibe todo de El (Cfr. Jn 8,28), manifiestan una proveniencia que no pertenece ni al tiempo ni al mundo, y sólo puede ser una proveniencia eterna. El declara expresamente: “De Dios salí y vengo de El” (8,42).

##### Ayer, antes del devenir de Abraham

El fin del diálogo ofrece a Jesús la posibilidad de subrayar más claramente aún su preexistencia eterna, que corresponde a la plenitud de significación del “yo soy”.

La promesa de una vida sin fin, garantizada por Jesús a quien guarda su palabra, le parece a los interlocutores una pretensión inadmisibile: “¿Eres más grande que nuestro padre Abraham que ha muerto? Los profetas también han muerto. ¿Quién pretendes ser?” (8,53).

Jesús contesta primero al reproche de glorificarse a sí mismo: el que lo glorifica es el Padre, y sus pretensiones no son las de un orgullo humano sino de la verdad que viene del Padre: “El que me glorifica es mi Padre, de quien dicen ustedes: “él es nuestro Dios”, y sin embargo no lo conocen... Yo si lo conozco, y guardo su palabra”.

Luego, él muestra en qué sentido es más grande que Abraham: “Abraham vuestro padre, se alegró al pensar que vería mi día. Lo vió y se alegró” (8,56). Con un ejemplo concreto, el de Abraham, que tiene una importancia capital para la tradición judía, Jesús muestra cómo él interpreta los escritores bíblicos en función de su persona. Deja entender aquí que la alegría sentida por Abraham por el nacimiento de su hijo Isaac cuyo nombre significaba “Dios sonrió”, era en realidad la alegría que caracterizaría su propio nacimiento: él, Jesús, es el verdadero descendiente de Abraham, heredero de todas las promesas y fuente de alegría para la humanidad. En la risa de Abraham (Gn 17,17) había una orientación esencial hacia Cristo, hacia su día que sería el día del Señor, anunciado por los oráculos proféticos<sup>16</sup>.

Los auditores de esa interpretación no alcanzan a entenderla puesto que contestan: “No tienes cincuenta años y has visto a Abraham!”. Jesús había dicho: “Abraham ha visto mi día”, y ellos lo critican por la pretensión de haber visto a Abraham. Había puesto en evidencia la orientación de Abraham hacia su persona; pero los adversarios sólo conciben la posición de Jesús como relativa a Abraham, mientras es Abraham quien es relativo a Jesús. Pero igualmente, ellos no conciben la anterioridad de Jesús más que al interior del tiempo de una vida humana: “No tienes cincuenta años!”.

En seguida Jesús restablece la verdadera perspectiva: no se trata de una anterioridad temporal que le hubiera permitido ver a Abraham, sino de una preexistencia que supera toda medida de tiempo: “Amén, amén, yo les digo: antes que Abraham existiera, Yo soy” (8,58).

“Yo soy” significa una existencia que precede toda la historia del pueblo judío, puesto que Abraham estaba al principio de esa historia. Más aún, lo absoluto del “yo soy” supone una existencia anterior a toda la creación, es decir una preexistencia eterna.

Significativa es la oposición entre el “devenir” atribuido a Abraham y el “ser” reivindicado por Jesús. Literalmente habría que traducir: “Antes que existiera Abraham, yo soy”<sup>17</sup>. El contraste entre “devenir” y “ser” había

16. Is 13,6; Ez 30,3; Jl 1,15 etc. Cfr. Lc 17,24; 1 Cor 8,5; 5,5; 2 Co 1,14.

17. La traducción “antes de que Abraham fuera, yo soy” no es exacta pues utiliza para Abraham el verbo ser, mientras en griego es *genesthai* un devenir que contrasta con el ser de “yo soy”.

aparecido en el prólogo del evangelio: el ser caracteriza el Verbo, y el devenir las creaturas. “Al principio era el Verbo... y el Verbo era Dios... Todo se hizo por él” (1,1-3).

Jesús mismo utiliza ese contraste para definir su existencia en relación con Abraham: antes del devenir de Abraham, él es. Quizás esas palabras hayan tenido una influencia en la redacción del prólogo. Ellas son más concretas con el devenir de Abraham y el “yo soy” de Jesús; ellas han podido ser retomadas de manera más abstracta para afirmar el ser del Verbo y el devenir de la creación.

La reacción de los auditores demuestra que han entendido la pretensión de Jesús de atribuirse la preexistencia divina del “yo soy”. En efecto, en esa pretensión ven ellos una blasfemia (cfr. Lev 24,16), y buscan cómo aplicarle la pena de la lapidación. En un diálogo donde se había definido ya antes con el “yo soy” (cfr. 8,24-28), Jesús logró por fin que comprendieran el alcance de ese “yo soy” como signo de su identidad divina<sup>18</sup>.

Así aparece la extensión que debe ser dada a la afirmación “Jesucristo el mismo ayer”: El es el mismo desde la eternidad. Toda la historia humana debe entenderse en función de él, pues su preexistencia significa que está presente en toda la historia, así como estuvo presente a Abraham, el personaje más venerado de la historia judía.

## 5. JESUCRISTO, EL MISMO HOY

La afirmación “yo soy” expresa por sí misma un presente perpetuo. Ella confiere a la palabra “hoy” un alcance que en la actualidad la eleva por encima del tiempo. Jesús es el mismo hoy porque está en un hoy que no puede cesar de ser presente.

Para ese hoy, tomaremos el ejemplo de la afirmación dirigida a la Samaritana, como conclusión del diálogo que se entabló cerca del pozo de Jacob. Buscando cómo escapar de las exigencias de una mirada que le revela su conducta, esa mujer finalmente quiere abrigarse detrás del plazo que prevé antes de la venida del Mesías. Está esperando al Mesías y lo quiere escuchar: “Sé que el Mesías, el que llaman Cristo, debe venir. Cuando venga, nos anunciará todo” (Jn 4,25).

La barrera que pensaba levantar para su tranquilidad se cae enseguida,

---

18. R. ROBERT insiste en que el malentendido creado por los dos *ego eimi* de 8,24 y 8,28 no ha sido superado por 8,58 (cfr. *Le malentendu*, RT 1988, 278). Es cierto que 8,58 contiene una afirmación más clara del “yo soy”, por su aspecto de preexistencia. Antes tal vez había incomprensión de parte de los auditores, más que malentendido.

cuando Jesús contesta: "Soy yo, el que te está hablando". El Mesías que ella creía lejano y por venir se encuentra de repente frente a ella. Acababa de ver en la conversación tantos signos de su poder espiritual que no podía recusar la afirmación. El Mesías se presentaba a ella en el hoy con sorprendente fuerza de persuasión.

Según el relato evangélico, son las palabras "soy yo" las que han provocado el cambio de actitud de la mujer. Dejar el cántaro y correr a anunciar la buena noticia, es el signo de una conversión que abandona el pasado y desea comunicar la alegría de la fe. La Samaritana enuncia su fe de una manera discreta, bajo la forma de un interrogante al prójimo: "¿No sería ese el Cristo?" Ella sabe que no tiene autoridad para hacer valer sus opiniones, y se conforma con sugerir lo que piensa, invitando a los otros a convencerse por un contacto más directo con Jesús. En ella, el "soy yo" produjo su efecto, y no demorará en producirlo en los que, interpelados por el testimonio de la mujer, van personalmente a escuchar al que se presenta como el Mesías, "el Salvador del mundo" (Jn 4,42).

Al traducir "soy yo", no podemos expresar toda la fuerza evocadora de la afirmación *ego eimi*. Según el contexto, esa afirmación tiene como primer sentido "soy el Mesías", puesto que la mujer había hablado del Mesías que debía venir. Pero en otro lugar la misma fórmula es utilizada para significar la apropiación del nombre divino, de manera que en ese diálogo donde se plantea la identidad de Jesús, una alusión a ese nombre no puede estar ausente.

Además el diálogo anterior parece imponer esa alusión. Jesús se presentó como el que da un agua viva que colma la sed humana y brota en vida eterna. Y sólo Dios puede dar la vida eterna. Cuando se declara el Mesías, no define su yo al nivel de un yo humano; se trata de un yo divino, fuente de vida eterna. Por este motivo, Jesús mismo está en la eternidad, estando a la vez presente en el tiempo humano.

El hoy, según el cual él se afirma como Mesías delante de la Samaritana recuerda lo que había proclamado en la sinagoga de Nazaret, después de la lectura del oráculo profético del libro de Isaías: "Hoy se cumple a vuestros oídos este pasaje de la Escritura" (Lc 4,21). El cumple todo lo que había sido anunciado del Mesías, verdad que los habitantes de Nazaret se rehusan a admitir. A la Samaritana, más abierta a su palabra, indica más claramente ese cumplimiento en el hoy, entregando la definición de su "yo", enunciada por el nombre divino "Yo soy".

Porque es eterno, Jesús está presente en el hoy del mundo, y le da a ese hoy un valor superior de eternidad. El eleva el tiempo humano al nivel de la vida eterna.

## 6. JESUCRISTO, EL MISMO POR LOS SIGLOS

### “Yo soy” en la Pasión

La presencia eterna implicada en el “Yo soy” de Jesús tiene un valor determinante para el futuro. Ella garantiza el mismo Cristo por los siglos.

Es lo que aparece en el drama de la Pasión: en el momento en que todo el futuro de Jesús es amenazado por las intenciones criminales de sus adversarios, la afirmación *ego eimi* aporta a ese futuro una luz superior. La encontramos ya en el momento del arresto. Juan la menciona expresamente en su relato, reconociéndole un alcance singular. Jesús mismo va al encuentro de los que vienen a detenerlo; se reconoce ahí su voluntad de entregarse en sacrificio, pero también el signo de un poder superior. “Jesús sabiendo todo lo que iba a suceder se adelanta y les dice: “A quién buscan?” Le contestaron: “A Jesús de Nazaret”. El les dice “Soy yo”. Cuando Jesús les dijo “Soy yo”, retrocedieron y cayeron por tierra” (Jn 18,4-6).

La expresión *ego eimi* significa “Yo soy”, como identidad de Jesús de Nazaret. Sin embargo el hecho de que los que vienen a detenerlo retrocedan y caigan por tierra, aunque se trata no de un milagro sino de un pequeño incidente debido al susto, es signo de la autoridad divina escondida en las palabras “soy yo”. Los que vienen a detener a Jesús toman a pesar suyo una actitud parecida a la del temor y de la prostración delante de la divinidad. Después de haber repetido la pregunta: “A quién buscan?” Jesús afirma con más insistencia su *ego eimi* como ligado a su palabra: “Les digo que soy yo”.

En el momento en que se entrega a los que lo quieren matar, el *ego eimi* suena como seguridad de vida perdurable. Los que quisieran hacerlo desaparecer definitivamente de la tierra no lo lograrán. El futuro pertenece al que dice: “Yo soy”.

### “Yo soy” frente a la muerte

En el proceso delante del Sanhedrín, otra vez Jesús pronuncia ese “Yo soy” según las versiones de Marcos y Lucas. A la pregunta del sumo sacerdote “Eres tú el Cristo, Hijo del Bendito?”, viene la respuesta “*ego eimi*”: “Soy yo” o “Yo soy” (Mc 14,61-62). Esa respuesta no significa exactamente, así como a menudo se traduce: “Lo soy”, es decir “Yo soy el Cristo, el Hijo del Bendito”. Ciertamente, Jesús quiere afirmar que es el Mesías e Hijo de Dios, por una respuesta positiva a la pregunta. Pero para decirlo, se expresa más bien como lo anota Mateo “Tu lo has dicho” (Mt 24,64). Le hubiera gustado a Caifás evitar hacer la pregunta, pues esto hacía de Jesús el dueño del proceso. Pero finalmente la hizo, y con su autoridad de sumo sacerdote. El expresó en su pregunta la identidad verdadera de Jesús, aunque no cree en ella. “Tu lo has dicho” en el

sentido de “así está bien”<sup>19</sup>, sería ya una respuesta suficiente a la pregunta. Pero Jesús agrega: “Yo soy”<sup>20</sup>. En efecto, la expresión “El Hijo de Dios” o “Hijo del Bendito” hubiera podido ser interpretada en el sentido de un hijo que no sería Dios. Al reivindicar el nombre divino, Jesús afirma que es Dios, Dios Hijo. No deja pues ninguna oscuridad en la respuesta que constituye el testimonio supremo de su identidad divina.

Al mismo tiempo, por ese “yo soy”, deja entender que la condena a muerte que va a caer sobre él no podrá destruir su existencia ni su presencia. Seguirá siendo en el futuro como en el pasado.

Respecto al futuro, agrega: “De aquí en adelante verán al Hijo del Hombre sentado a la derecha del Todopoderoso y venir sobre las nubes del cielo” (Mt 26,64). Será su manera de manifestar el “yo soy” después de su muerte. Por la sentada a la derecha del Todopoderoso, alude a la ascensión, y por la venida sobre las nubes del cielo, deja entrever una venida que se cumplirá de manera divina, siendo la nube el símbolo de la teofanía. El Hijo del Hombre está destinado a venir al mundo, a la manera de Dios, es decir por la acción del Espíritu Santo: será la venida que empezará en Pentecostés y se desarrollará hasta el fin del mundo.

A menudo la venida en las nubes del cielo ha sido interpretada como de la Parusía. Pero Jesús anuncia una venida que se va a producir “en adelante”, “a partir de ahora”, es decir una venida muy próxima. Esa venida está ligada a la ascensión: por el poder adquirido en la ascensión el Hijo del Hombre va a venir, es decir desde Pentecostés. El viene “sobre las nubes”, por el Espíritu Santo. Y esta venida, los miembros del Sanhedrín la verán: “Ustedes verán...” Ellos verán el desarrollo de la Iglesia suscitado por el Espíritu Santo, un desarrollo que manifiesta la venida de Cristo al mundo<sup>21</sup>.

- 
19. El mismo sentido afirmativo se encuentra en el diálogo con Pilato, “Tu lo dices, yo soy rey” (Jn 18,37). Jesús insiste en el hecho de que es su interlocutor quien lo dice, pues él no utiliza el mismo lenguaje; él no se llama rey, ni tampoco se llama Mesías ni Hijo de Dios; El es rey, El es Mesías e Hijo de Dios, pero utiliza otro lenguaje para expresar el misterio de su persona.
  20. Lucas une los dos elementos de la respuesta “Tu lo has dicho” (Mt) y “yo soy” (Mc) en la fórmula: “Vosotros lo decís, yo soy”. Los dos elementos son necesarios, pues “Yo soy” marca un progreso sobre “Tu lo dices”. Después de contestar positivamente la pregunta, Jesús utiliza su propio lenguaje para enunciar su identidad.
  21. Sobre el sentido de esa venida, cfr. J. GALOT, “Le Christ vient-il dans le monde”, en *Esprit et Vie* 96 (1986) 625-632; *Christ de notre foi*, Louvain 1986, 155-163; *Cristo, tu quién eres?*, Madrid 1982, 367-374.

### **“Yo soy (estoy) con ustedes”**

La promesa hecha a los apóstoles después de la resurrección les asegura la presencia permanente del “yo soy”: “y yo estoy (soy) con ustedes todos los hasta el fin del mundo” (Mt 28,20). Es el último “yo soy” pronunciado por Jesús; El domina todo el futuro de la Iglesia.

Está utilizado en la misma perspectiva de alianza que el nombre divino enunciado por Yahvé en la revelación del Sinaí. El nombre “Yo soy” garantizaba la seguridad dada a Moisés: “Yo estaré (seré) contigo” (Ex 3,12). La presencia divina inmutable implicada en el “yo soy” significaba que la fidelidad a la alianza estaba arraigada en el ser divino.

Jesús garantiza por ese mismo ser divino su fidelidad en el acompañar el desarrollo de su Iglesia. Ofrece la certidumbre que él será el mismo hoy y por los siglos. En adelante su “Yo soy” será inseparable de la Iglesia. Esa inseparabilidad es sugerida por la estructura gramatical de la afirmación, que se enuncia literalmente: “Yo con ustedes estoy (soy)”. “Con ustedes” está incorporado al “yo soy”.

La eternidad del “yo soy”, que entró en el tiempo terrestre con el misterio de la encarnación, ya no dejará de presidir el tiempo de la Iglesia.

## **CONCLUSION**

La afirmación de la Carta a los Hebreos: “Jesucristo es el mismo ayer y hoy y por los siglos” está destinada a fortalecer la fe de los cristianos en el Cristo que les ha sido predicado. e

Toma su plenitud de sentido a la luz de las palabras que Jesús pronunció sobre su identidad, sobre todo a la luz del nombre divino “yo soy” que reivindica en varias ocasiones. Por ese “yo soy”, Cristo expresa no solamente el lugar central que ocupa en el desarrollo del tiempo sino la eternidad que le es propia y que le hace dominar el tiempo. De esa eternidad resulta el valor definitivo de sus palabras. “Ayer” es para él un origen eterno, “hoy” un presente eterno y “por siempre” un futuro implicado en su eternidad. En ese futuro, significado por “Yo estoy (soy) con ustedes”, está incluido el destino de la humanidad, llamada a compartir la vida eterna de Cristo.